

No tremendo, no adusto  
revives: del fragor de la pelea  
descansas ya... Mas tutelar y augusto  
doquier se alce tu busto,  
con plácida elación se enseñorea;

y en tu serena altura  
mártir perdonas, y recibes culto  
sublime en tu dolor sin amargura;  
de lisonja perjura  
libre por siempre, y de cobarde insulto.

Y tu nombre en su vuelo  
más que el de antiguos semidioses crece  
en tu edad misma y en tu propio suelo;  
¡Y tu historia sin velo  
las grandezas que fueron oscurece!

El divinal aliento,  
que anima la materia y transfigura;  
nobilísimo humano sentimiento;  
final recogimiento;  
cuanto al alma enaltece o la depura,

en mística amalgama,  
cual vago nimbo de tu excelsa frente,  
no imitación, veneración reclama:  
el que Padre te aclama,  
mezcla de orgullo y de vergüenza siente.

¡Libertador! Delante  
de esa efigie de bronce nadie pudo  
pasar, sin que a otra esfera se levante,  
y te lllore y te cante,  
con pasmo religioso, en himno mudo.

MIGUEL ANTONIO CARO